

ARQUÍMEDES ESTÁ EN EL TEJADO

Juan Pardo Vidal





Esta novela tiene mucho que agradecerle a María Juana López Medina, profesora de Historia Antigua de la Universidad de Almería, sin cuyas sugerencias y correcciones este texto sería bastante menos riguroso de lo que es.

Sirva también esta dedicatoria para recordar la figura de Ana Santos Payán, editora, arqueóloga y enamorada de la cultura fenicia. Como autor, y como amigo, siempre estaré en deuda con ella. A su memoria todas estas palabras puestas en fila india.

ποταμοῖς τοῖς αὐτοῖς ἐμβαίνομεν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνομεν,
εἶμεν τε καὶ οὐκ εἶμεν τε

*“En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos, y no
somos, los mismos”.*

(Heráclito, 535a.C-484a.C)

1

Todos están muertos. Eso ha pensado después de abrir los ojos y mirar a su alrededor. Todos muertos, menos él. Él sigue tumbado en el suelo, boca arriba en el centro de un claro del bosque. No se ha movido, está cómodo sobre la hierba y aunque no parece malherido un delgado hilo de sangre le mana del oído izquierdo. La parte del cielo que puede ver se muestra completamente despejada, tiene un tono azul marino, entre limpio y metálico, un poco irreal. Se entretiene observando una línea de pájaros que emigran. Las alas de las aves en formación dibujan pequeñas uves y, a su vez, todas juntas forman una gran letra, tal vez una ce mayúscula o quizás una punta de lanza. Se dirigen hacia el Norte. El sol aún está muy bajo, es un enorme escudo anaranjado que titila oculto entre las copas de los árboles. Hay un preciso instante en el que ocurren las cosas y es éste. Amanece.

Estar tumbado sobre la hierba fresca mirando el cielo azul, con una brizna en la boca y nada que hacer, no es suficiente para ser feliz. Si no estuviera rodeado de cadáveres y supiera qué demonios hace allí, entonces tal vez lo sería. Pero no es el caso aún. Tiene la impresión de que sus recuerdos pertenecen a la vida de otro hombre. Se incorpora. Una vez que se ha puesto en pie puede ver que está rodeado de soldados muertos de dos ejércitos que se han aniquilado el uno al otro, la imagen es desoladora. Por todas partes hay cuerpos de soldados romanos y de soldados griegos, unos sobre otros, mutilados, apilados. Muchos de los muertos se abrazan, forman parejas, hay algo excitante en sus posturas. La escena que tiene ante sí parece sacada de un fresco,

no da la impresión de que sea fortuita, es como si alguien hubiese ido colocando a cada uno de los cadáveres en una determinada posición para que posasen, completando así la composición que un artista quisiera inmortalizar. Alguien les ha dicho, no os mováis, por favor. Y no piensan hacerlo.

Es evidente que nadie ha vencido en la batalla. Tal vez la victoria pueda atribuirse a los romanos, pues él viste ese uniforme y es el único superviviente. De su cuello pende un cordón de cuero con una placa de la legión y en el antebrazo izquierdo lleva un brazalete metálico, una *armilla* de bronce con una inscripción a relieve en la que puede leerse «Vinci». Ha vencido Roma. Por un momento se alegra, pero en ese instante se da cuenta de que no recuerda ser romano. No está muy seguro, se ha despertado conmocionado y no quiere hacer el esfuerzo de viajar a su pasado, tiene la sensación de que éste yace a sus pies y de que cada uno de aquellos soldados muertos son en realidad recuerdos de una vida anterior, momentos que no puede, y no quiere, recuperar. Es un legionario romano, sus ropas así lo indican, pero podría tratarse de un mercenario o incluso de un esclavo obligado a alistarse en la maquinaria de guerra romana al servicio de algún oficial. Y si esto fuera así, ni siquiera llegaría a la categoría de legionario. No encuentra razones para alegrarse de la victoria ni para dar gracias a los dioses por seguir vivo.

Para cerciorarse de que todos aquellos cuerpos están realmente inertes les da unas cuantas patadas a los más cercanos. Mientras lo hace entorna los ojos elevando las mejillas con un gesto de asco y gira la cabeza hacia otro lado. Fruncen el ceño, él y los cadáveres. Los muertos dan más asco que miedo. No se mueven. Parece ser que sí, que todos los muertos están muertos. Todavía no huelen, pero presentan evidentes signos de rigidez, el *rigor mortis* indica que hace mucho que acabó la batalla.

Sabe que no es el momento oportuno, pero no ha podido evitar que los distintos tonos de rojo que tiene frente a sí hayan llamado su atención, el rojo de las flores, el de la sangre y el de los uniformes de los legionarios. Le parece increíble que delante de toda aquella desolación el contraste de esos colores

con el verde de la hierba y los árboles pueda resultar una imagen tan hermosa. El frescor de la mañana mantiene alejadas a las moscas, se escucha el trinar de un jilguero y el zumbido de las abejas afanándose entre las flores salpicadas de sangre. Tal vez la miel que fabriquen será roja y cruenta. Se imagina una hogaza de pan con miel púrpura y siente una punzada en el estómago. Esa miel podría no ser dulce. Tiene, a un tiempo, hambre y náuseas.

Está en el claro de un bosque, justo en el centro. Desde la línea del horizonte el sol ha ido ascendiendo hasta aparecer intermitente entre las copas los árboles. Un poco más arriba las nubes viajan apresuradas, se persiguen las unas a las otras, son un rebaño de enormes ovejas con los vientres sucios, aún grises, cargados de agua. Hay cierta urgencia en su viaje, parece que llegaran tarde a alguna parte y fueran azuzadas por un pastor. Detrás de ellas el azul del cielo es hipnótico como las ascuas de una chimenea. Ha llovido durante la noche, la tierra está húmeda y la visibilidad es perfecta, casi irreal, las gotas de lluvia han limpiado la atmósfera de polvo, de partículas en suspensión y polen, de tal modo que el aire es especialmente traslúcido y le permite acceder sin esfuerzo al detalle, a lo pequeño. Las hojas de hierba son claramente visibles a decenas de pasos de distancia, también las salpicaduras de sangre ya oxidada y diluida por el agua brillan con pequeños destellos. Puede ver lo que está frente a él y lo que está lejos, los detalles en los uniformes de los soldados griegos, el brillo de las armaduras romanas, el trenzado del linotórax, el de la cota de malla, *lorica hamata*, el labrado de los símbolos de la República. No sabe si relacionado con esa enorme transparencia, a su mente acuden algunas imágenes inconexas, no son exactamente recuerdos porque parecen referirse a hechos que están por llegar. Ni quiere ni puede recordar el pasado, en cambio algunas imágenes del futuro se le muestran con nitidez. En una de ellas se ve a sí mismo como un viejo de barba blanca que dibuja sobre una mesa, en otra es más joven, como ahora, pero viste el uniforme de un soldado griego, sobre un tejado mira las estrellas

junto a un anciano al que llama Arquímedes, unos soldados esperan abajo para capturarlos con una red. Éstas últimas se le muestran enfocadas, son recientes, como si el paso del tiempo no las hubiese difuminado. Siente curiosidad y en lugar de evitar lo que intuye que va a ocurrir, es incapaz de resistirse a la imperiosa necesidad de dirigirse hacia ese destino.

Ha quedado conmocionado tras la batalla, quizás algún fuerte golpe en la cabeza sea el culpable. Probablemente eso explique todo este sinsentido, ni siquiera recuerda su nombre. Sabe que muy pronto una mujer va a llamarlo *Vinci*. Su corazón se acelera al pensar en eso. No quiere conocer su futuro, ni qué demonios son esas pocas imágenes que le han sido reveladas como un sueño. Una mujer a quien aún no ha conocido lo llamará Vinci. Y un nombre es un principio, las cosas sin nombre no existen.

Un espeso bosque de pinos circunda el claro del bosque en el que se encuentra. Tras la lluvia las agujas de los árboles parecen nuevas, tienen un hermoso tono verde oscuro, brillante. No puede ver más allá de los troncos. Se sacude los restos de barro y sangre seca adheridos a las manos, a la ropa, al cabello. Lo hace por ese orden, manos, ropa, pelo. Después, una mano, sin demasiado éxito, limpia la otra. Para terminar, ambas vapulean las ropas y desenredan los cabellos rizados, negros. Aunque parece evidente que es un legionario romano, tiene una imagen en la que se ve vestido con un uniforme del ejército griego. Prefiere no pensar en eso, la cuestión es que todos están muertos y él no.

Otea a su alrededor intentando orientarse. A lo lejos, entre los árboles, adivina en el suelo lo que parecen las señales de unas rodadas de carros, se trata de un camino estrecho que se adentra en el bosque. Mientras se dirige hacia él, empuña un gladio clavado en la espalda de un soldado griego y, tras extraerlo con cierta repulsión, limpia de sangre la hoja en la falda que, a la altura de los muslos, asoma de la túnica de lana roja que lleva bajo la armadura. Guarda la espada en la funda de madera que pende de su cinturón y escupe al suelo. La sangre

no le da tanto asco como el chasquido del acero al abandonar un cuerpo. Un sonido que le desagrada, como el de una pisada sobre tierra mojada.

Deja atrás el campo de batalla y camina siguiendo las líneas paralelas sin vegetación que las ruedas de los carros han dejado a su paso. Supone que la vereda ha de llevarlo hasta alguna población. El pinar es sombrío y espeso, el suelo está lleno de piñas y agujas secas, hay una ligera cuesta abajo que hace cómodo el camino. El ruido de sus pies alerta a una ardilla que huye trepando por un tronco con su pequeño botín en la boca. A medida que avanza los pinos van dejando paso a grandes claros y maleza, por la posición del sol sabe que se dirige hacia el Este. Las umbrías y la humedad son reemplazadas por un paisaje más seco, la espesura de los árboles es sustituida por arbustos y adelfas. El camino discurre ahora por un socavón que ha excavado el aluvión de agua en la época de lluvias, el suelo es de arena y limo. En los márgenes del cauce serpentea un poco de agua, las paredes de la rambla son cada vez de menor altura, la cañada se ensancha y se ve salpicada de palmerales, alguna higuera silvestre y abundante vegetación baja. El horizonte se muestra por fin, a lo lejos puede adivinar entre la neblina el azul del mar. Un poco después se abre a una llanura y abandona el sendero para tomar un camino claramente señalado por mojones y rodadas. La civilización está muy cerca. A ambos lados se extienden campos de cereales, la brisa de la mañana mece el trigo que aún no ha espigado, no tiene más de un palmo de altura. Apenas hay amapolas, la primavera debe de haber comenzado hace muy poco.

Se acerca con sigilo a una vivienda. La fachada es blanca, construida con piezas de adobe pintadas de cal, de las ventanas sobresalen gruesas traviesas de madera y sobre el tejado, con una pequeña inclinación, hay pizarra gris para impermeabilizarlo. La construcción tiene un cuerpo central con una especie de porche frente a la puerta principal. Dos edificaciones de menor tamaño se apoyan en sus costados. Por la forma de las puertas y ventanas se trata de corrales para el ganado y las he-

ramientas. Detrás de la casa hay varias hileras de grandes álamos negros. Algún arroyo debe de pasar muy cerca. Las hojas de los álamos están brotando, nacen muy tarde, en cambio las vides ya están pobladas de pámpanos, el verde de las hojas nuevas es pálido y amarillento, brilla, tienen una fina película que hace que la luz rebote con dulzura sobre ellas. Los viñedos se extienden ladera arriba por un terreno escarpado y pedregoso, es seguro que producen buenos caldos, piensa.

De espaldas a él, en la puerta de la vivienda, hay una mujer sentada en una *sella*. Con una herramienta similar a un martillo está golpeando sobre un tronco para quitarle la cáscara a unas almendras. A su lado una niña pequeña juega con una muñeca. Es una mujer joven, su pelo tiene un tono castaño rojizo, viste una túnica blanca cogida al hombro con un broche y un *pharos* cruzado en diagonal entre el pecho y la cintura. Es la primera vez que la ha visto en su vida, pero su rostro le resulta muy familiar, conserva una imagen en la que está haciendo el amor con ella. En esa especie de recuerdo ambos están dentro de la casa, él la ha tirado de bruces sobre una mesa de madera y, para inmovilizarla, le ha atado las manos a las patas de ésta. Poco después levanta su túnica —tiene el mismo color que la que en ese momento viste— y la toma por la fuerza. Sin mucho éxito ella forcejea e intenta gritar.

Abandona ese pensamiento y se sienta sobre una piedra al lado del camino, todavía está un poco mareado. Él nunca ha violado a una mujer y no piensa hacerlo. Ha matado a muchas, pero jamás ha usado la fuerza para algo así. Sabe que es una práctica habitual entre los ejércitos vencedores, en realidad no le importa mucho, ha visto forzar a mujeres y a niñas y no ha movido un dedo para impedirlo, él se mete en sus propios asuntos, por eso sigue vivo. La crueldad de algunos ejércitos con la población de una ciudad es mayor cuanto más feroz ha sido la resistencia de sus habitantes a ser conquistados. Entonces suelen ser implacables con los hombres en edad de luchar, a veces también asesinan a los niños y a los ancianos. Después toman a las mujeres, ellas no pueden hacer mucho para evitar-

lo. Es una forma de dominación, en poco tiempo dentro de sus vientres crecerá la semilla del conquistador y ya apenas habrá resistencia, los hijos traerán la paz social.

Violar mujeres indefensas no es su guerra, su guerra es matar hombres y cobrar un buen salario, lo demás le importa muy poco. Es un legionario al servicio de Roma, empieza a recordar, aunque habría preferido no hacerlo. De haber podido elegir, habría escogido aferrarse a esas extrañas imágenes, eran dulces y confortables, olían a hogar. Lleva demasiado tiempo lejos de casa, acampado a las puertas de Siracusa. Está cansado de vivir como un perro, primero en el sucio y maloliente campamento fortificado que levantaron a las afueras de Siracusa, frente a la bahía de la isla de Nassos, cuando llegaron hace años con cuatro legiones y la convicción de que la ciudad no era inexpugnable y, más tarde, junto al puerto de Trogilos, cerca de la torre de Galeagra. El general Marco Claudio Marcelo ordenó el sitio de la ciudad tras fracasar los intentos de asalto. Las desertiones en su bando se cuentan por miles, muchas veces ha sopesado esa posibilidad. Casi nadie repara en el hecho de que la vida en un ejército que sitia una ciudad no es mejor que la de los sitiados, a menudo es mucho más miserable que la de éstos, sobre todo si ellos cuentan con la ayuda de la flota cartaginesa, siempre dispuesta a romper el cerco y aprovisionar la ciudad. Muchos legionarios han ido sumándose a las fuerzas siracusanas, quizás por eso la resistencia está siendo tan feroz. Los desertores que se han refugiando en la ciudad saben cuál sería su destino si finalmente Roma consiguiera tomarla, todos ellos morirían de manera cruel y despiadada, por eso harán cualquier cosa para evitarlo. Por extraño que resulte, los desertores del ejército romano desempeñan un papel vital en la defensa de la ciudad griega.

Comprende ahora que Roma venció en aquella batalla, ahora sabe que él era un legionario de una de aquellas *centurias* que formaba la *cohorte* que por azar se topó con un regimiento de quinientos soldados griegos. Fue Roma quien venció, pero ya no tiene dudas en pasarse al bando siracusano. Desertor es una palabra despectiva, sin embargo él no tiene más bandera que

su odio y el dinero del mejor postor. No puede resistirse a la idea de perseguir una imagen en la que se ve hablando con Arquímedes sobre un tejado. Desde niño ha escuchado increíbles historias de batallas en las que máquinas de guerra e inventos del anciano matemático derrotaban a ejércitos enteros. Quiere conocerlo. Algo dentro de él le dice que debe ir tras esas imágenes. A pesar de eso, tiene algunas dudas, pues en una de ellas está violando a la mujer que acaba de ver sentada a la puerta de su casa. Y es imposible que eso ocurra. La crueldad puede ser gratuita o no, pero no es algo con lo que disfrute. Simplemente, sabe matar, se le da bien, con los años ha ido perdiendo ese odio que le hacía sentirse cómodo en la batalla, ya no tiene la necesidad de venganza que de niño lo empujaba. La muerte lo acompaña desde hace mucho tiempo. Nos gustan las cosas que sabemos hacer bien, nadie quiere fracasar. Con el paso del tiempo alteramos el orden del recuerdo y pensamos que aprendimos a hacer algo porque nos gustaba, sin embargo es justo al revés, nos gusta porque lo sabíamos hacer bien. Él sabe matar y sabe sobrevivir. Antes de ser tan diestro ya lo hacía bien, la técnica y el placer llegaron con el tiempo, también el impulso que lo empujaba a aprender.

Se encuentra un poco mejor después de haber descansado y decide proseguir la marcha. Nada más ponerse en pie escucha los gritos amenazadores que un hombre ha comenzado a lanzar. Al galope se dirige hacia él cruzando un campo de cereal montado sobre un caballo de labranza. Blande una azada y repite: «¡Muerte a los romanos!». Habla en griego, en un dialecto dórico. Él conoce bien esa lengua, la aprendió de su amo. El amo lo compró a unos tratantes de esclavos en el puerto de Messana, cuando él tenía once años. El amo era un marmertino, descendiente de mercenarios del ejército siracusano expulsados muchos años atrás de la ciudad y que terminaron afincados en Messana.

A pesar de los alaridos, el hombre que ahora se dirige hacia él no parece muy peligroso, debe de tener unos cincuenta años,

está un poco gordo y apenas conserva pelo. No quiere luchar contra él. Comprende que está en un territorio no conquistado y no es bien recibido, por lo que da media vuelta y retrocede por el mismo camino que lo había traído hasta allí. No por ello el campesino desiste en su empeño de atacarle, se ha envalentonado al verlo huir y lo persigue subido en su animal. Pronto lo alcanza e intenta golpearlo con la azada, pero es un hombre tardo, de brazos fuertes y cortos, más acostumbrados a trabajar la tierra que a luchar, en cambio él es un soldado bien adiestrado, una máquina perfecta de matar. Evita el golpe de la azada y éste cae torpemente al suelo. Le sacude en la cabeza con la empuñadura de su gladio y lo deja sin sentido. Coloca el filo de la espada en su garganta y piensa un momento antes de actuar. En lugar de matarlo, sube al caballo que ha quedado a su lado y se dirige hacia el Oeste, siguiendo la rambla y las mismas veredas que antes lo habían traído hasta allí. De nuevo se adentra en el bosque y regresa al claro donde aún yacen todos los cadáveres. No se ha movido ninguno. Se descalza y sustituye las cáligas que calza por unas sandalias de cuero, y el resto del uniforme romano por el equipamiento de un soldado griego de una complexión y estatura similares a la suya. Comprueba que lleva en la cintura la bolsa con las monedas que ha reunido y toma un *xifos*. Escupe hacia el suelo al sacar la espada del vientre de un legionario. Seguidamente, se coloca en el brazo izquierdo un escudo redondo con una abrazadura en el centro por donde introduce el antebrazo. Se ajusta el linotórax y unas espinilleras de bronce. La coraza está fabricada con capas de tejido de lino superpuesto y un borde de placas de metal imbricadas a la altura de las caderas, es ligera, es bonita. Sopesa la posibilidad de llevarse una lanza, el arma más importante para un hoplita, pero finalmente la deshecha. El uniforme le sienta bien, se ve más guapo. Ahora es un verdadero soldado siracusano, reclutado en la leva para formar parte de una falange, una formación de diez filas de hoplitas. Todos hombro contra hombro, protegiendo su flanco izquierdo con el escudo del soldado que hay justo al lado en la formación. Observa su reflejo en el escudo y reconoce su rostro, está estampado de

letras sigma color carmesí, Σ. Ahora es un soldado griego el único que ha sobrevivido a la feroz batalla y, por lo tanto, ha sido Roma la derrotada. Su memoria está regresando, reconoce los estandartes de Siracusa. Se encaja el casco que ha cogido, le está un poco ajustado, bisagra sobre las mejillas y sin protección nasal. Sobre la grupa de la bestia carga el cadáver de un legionario romano vestido con un uniforme idéntico al que él llevaba antes de cambiarse y unas facciones que vagamente recuerdan a las suyas. Pertrechado de esta manera regresa al lugar donde dejó inconsciente al campesino que lo había atacado, éste aún yace sin sentido, tiene una pequeña brecha en la frente. Coloca el cadáver del soldado romano muerto junto a él y lo despierta zarandeándolo. El hombre vuelve en sí y, al ver al legionario muerto a su lado y a él vestido de soldado del ejército de Siracusa, comienza a besarle las manos en señal de agradecimiento y a llamar a gritos a su esposa.

—¡Eranthe, mujer!, uno de nuestros soldados me ha salvado la vida. Ha matado a un legionario romano con sus propias manos. Yo, Agatón, hijo de Denes, rezaré a los dioses para que sepan recompensárselo.

Él le responde que está malherido y le pide un poco de agua. El campesino lo acompaña a su casa y lo sienta a su mesa. Hace muchas reverencias, es muy amable. Se parece mucho a la mesa de madera que recuerda, ésa sobre la que viola a una mujer. Su esposa le ofrece agua y comida, una fuente con embutidos y una hogaza de pan envuelta en un trapo, le pregunta su nombre y él duda. Dice que no está seguro, que todavía no se acuerda, se avergüenza. «Lo llamaremos *Vinci*», dice ella sonriendo, pues ha vencido y esa leyenda está grabada en la pulsera que lleva en su antebrazo. Señala la *armilla* con su dedo. «Se la quité a un romano», se disculpa.

Eranthe le pide a su marido, Agatón, que cabalgue hasta la ciudad para pregonar la noticia. «Ve y anuncia que uno de nuestros soldados ha sobrevivido. Siracusa ha vencido de nuevo y ha de prepararse para recibir como se merece a su nuevo héroe, Vinci».

Siracusa ha resistido otras veces un sitio, pero ahora no tiene la ayuda de nuevas y mayores máquinas de guerra diseñadas por Arquímedes, el ingeniero del tirano está anciano y senil. Tampoco podrá servirse de la experiencia de sus gobernantes porque el Consejo ha entregado el mando de los ejércitos a un general cartaginés llamado Epícides. Así pues, al interés que los romanos tienen por conquistar Siracusa se suma ahora el ansia por derrotar a los cartagineses que la apoyan y con quienes están enfrentados en una violenta contienda. Dicen que Aníbal marcha cerca de Roma y que Quinto Fabio Máximo ha sido nombrado dictador. En situaciones difíciles el Senado romano delega el poder en una única persona para centralizar y agilizar la toma de decisiones. Roma nunca ha corrido tanto peligro, Aníbal está cerca. Los romanos han reaccionado buscando alianzas y atacando enclaves que dificulten la navegación de los cartagineses. Siracusa es la joya más codiciada, son tiempos convulsos para la antigua colonia griega, ahora ciudad independiente y con autonomía plena, pero amenazada por los dos grandes imperios expansionistas, romanos y cartagineses. Ambos rivalizan por controlar el tráfico marítimo en el Mediterráneo, saben que eso asfixiaría al otro.

Agatón se marcha en una de sus bestias hacia la ciudad. Las patrullas romanas de la línea que cerca Siracusa lo dejarán pasar como tantas veces. Hace años que, al igual que otros campesinos, vive fuera de la protección de las murallas. Paga una buena parte de la cosecha y, a cambio, los romanos lo dejan seguir en sus tierras. Eranthe se queda en casa con Vinci, hablan de Arquímedes y de las enormes catapultas que mantienen alejadas a las legiones romanas. Está preocupada. En invierno apenas navegan barcos por el Mediterráneo, pero la primavera ha llegado y con ella las guerras y las batallas. La primavera trae la vida al campo y la muerte a las ciudades, las campañas han empezado. Vinci asegura que Siracusa seguirá siendo una ciudad independiente y libre. «¿Libre?», responde Eranthe con una pregunta cargada de ironía.

—La libertad es cosa de los poderosos. A los pobres no debe importarnos mucho el tirano que nos subyugue, porque siem-

pre habrá uno. Esas cosas sólo les interesan a los que mandan. Da lo mismo estar bajo un estandarte romano, cartaginés, griego o el que el tirano de turno imponga. Nadie es libre, ni las esclavas ni los hombres libres. Ni siquiera Arquímedes, el más grande matemático e inventor de la historia, puede hacer lo que le plazca. Está prisionero en su propia tierra para que su ciencia no caiga en manos del enemigo. Pero ya es un anciano enfermo y se rumorea que ha perdido el juicio. A pesar de eso, sigue vigilado por un pequeño destacamento de soldados, pasa algunas temporadas en la fortaleza de Euríalo y otras en unas dependencias adosadas a la muralla que separa la Acradina del barrio de Tyche.

Vinci aún no conoce al anciano matemático e ingeniero, sin embargo lleva toda la vida oyendo hablar de él. A su mente acude esa imagen en la que se ve a sí mismo sobre el tejado de una casa, sentado al lado de Arquímedes. Hay muchos soldados abajo, están armados. Ojalá pueda conocerlo personalmente, piensa. Ha escuchado tanto hablar de él que no le resulta un extraño. Su fama en el mundo conocido ha ido creciendo de tal manera que la realidad se entremezcla con la leyenda.

Eranthe es una mujer muy hermosa. Ya se lo había parecido así al verla desde lejos la primera vez que se aproximó a la casa, pero de cerca lo es aún más, y a esa belleza se suma una sensualidad desconcertante. Habla con naturalidad mientras se recoge los cabellos indisciplinados alejándolos de la frente. El color de su piel es demasiado pálido para ser originaria de la zona, el pelo tiene un tono castaño anaranjado y sobre las mejillas quedan restos de pecas. La piel bajo los ojos está enrojecida por el sol, tal vez sea descendiente de esclavas bárbaras del norte, no tiene acento y su vocabulario deja entrever cierta formación. Es inteligente y hermosa, altiva. Tiene un tatuaje en el hombro derecho que delata su pasado esclavo, quizás sea una liberta con la que contrajo matrimonio aquel campesino solitario o, simplemente, una esclava con la que convive.

Eranthe ha traído una vasija con agua, también unas tijeras y una navaja de afeitar que afila despacio sobre una piedra

gastada con forma de huso. Le pide que se incline hacia atrás y él se niega. Ella insiste y le aconseja que se corte el pelo y se arregle la barba para tener un aspecto más adecuado con la moda de la ciudad. Con frialdad Eranthe le dice que salta a la vista que no es de Siracusa, que conoce su secreto y que sabe con certeza que es un legionario de Roma. «Y quítate ya esa pulsera romana o alguien podría sospechar», añade señalando con el dedo índice el antebrazo.

Él apura los últimos trozos de embutido y sigue sin girarse hacia ella. Está pensando. Eranthe permanece a su espalda, desliza su mano bajando desde su cuello por la clavícula y el brazo. Él hace varios meses que no ha yacido con una mujer y años que no lo ha hecho sin pagar, se siente inseguro y no reacciona, sigue actuando como si no se percatara de que ella se está insinuando. Para ganar tiempo accede a que le arregle la barba y le corte el cabello.

Eranthe está lavándole el pelo con un suave masaje, él cierra los ojos y, por un instante, se siente como si estuviera en casa. Intenta pensar qué debe hacer, pero le es difícil concentrarse en algo que no sea en el cuerpo desnudo de esa mujer. La luz que entra mansamente por la ventana del lado este de la casa hace visibles miles de partículas de polvo y polen en suspensión. Mientras le corta los cabellos ella roza o apoya los pechos sobre su hombro, no puede evitar imaginársela gimiendo debajo de él, pero no quiere pensar en eso, no es el momento oportuno. Cuando termina vuelve a enjuagarle la cabeza con agua que vierte de una jarra y comienza a perfilarle la barba. Con la navaja en el cuello Vinci está a su merced, no siente miedo y sí un escalofrío de deseo, le gustaría acostarse con una mujer que mantuviera una navaja de afeitar en su cuello mientras la posee. A pesar de eso, sigue mostrándose indolente, al menos lo intenta. No quiere empezar con mal pie esta nueva etapa de su vida.

Poco después, algo molesta por la indiferencia, Eranthe le susurra al oído que si no la ha tomado cuando termine de asearlo le contará la verdad a todo el mundo, les dirá que es un impostor, un legionario romano, un enemigo que pretende

hacerse pasar por griego para urdir una traición. En ese momento, y para dar fe de que sabe lo que está diciendo, de un tirón le arranca del cuello el cordel con la placa metálica de la legión y le muestra el *signaculum*, como un péndulo, ante sus ojos. Vinci se levanta indignado, una mujer se atreve a amenazarlo. Asiéndola por las muñecas le sujeta con fuerza ambos brazos y, acto seguido, le retuerce uno de ellos sobre su propia espalda, colocándola de bruces contra la mesa y arrebatándole la navaja que blande y la placa metálica que guarda dentro del puño. Presiona con la navaja su cuello, tiene ganas de degollarla. Acerca la cara a su oído y le murmura, con los dientes muy apretados, una frase en latín que ella no comprende, pero imagina. Antes de que se deje llevar por la ira Eranthe le recuerda que si la mata no tendrá escapatoria, le repite que la única forma que tiene de salir vivo de allí es hacer lo que ella le diga. Le ordena que la ate y la tome por la fuerza. Se lo dice en un tono de voz que más parece una orden que una súplica o un argumento para convencerlo. Vinci clava la navaja de un golpe sobre la mesa, ésta queda cimbreado mientras él le arranca el chal que lleva en la cintura y coge también, de un asiento cercano, una cuerda para los arreos de las bestias que usa para atarle las manos a las patas de la mesa. Le levanta con rabia la túnica sobre la espalda y deja al descubierto unas nalgas blancas. Se contonea como invitándolo y él le propina una fuerte palmada en el cachete para que deje de moverse. La marca roja queda impresa bajo la piel pálida y Eranthe gime tras el golpe. La erección empieza a resultarle dolorosa; apenas tarda en deshacerse de la ropa que cubre su sexo y entrar dentro de ella embistiendo con fuerza. Eranthe se resiste como si realmente la estuviera violando, comienza a gritar y Vinci ha de tapparle la boca con la mano. Le muerde. Maldice. Coge un paño cercano y se lo mete en la boca. Encolerizado, aumenta la frecuencia y la intensidad de las sacudidas —una reacción que Eranthe ya había calculado ladinamente—. Sus caderas golpean con violencia contra las nalgas de ella y el ritmo de los gemidos crece con cada embestida. La escena le es familiar, reconoce la

imagen, ésa en la que creía estar violando a una mujer. Ahora sabe que no era exactamente así. Se agarra con ambas manos a sus cabellos rojos intentando precipitar el momento de terminar. Quiere acabar cuanto antes. Se imagina la cara de su marido si en ese momento abriera la puerta y lo sorprendiera sobre su esposa. Se da cuenta de que ella lo acusaría de haberla violado, las marcas dejarían claro que había opuesto una feroz resistencia, cualquiera la creería. Comprende que esa es la razón por la que le ha pedido que la ate, esa pantomima es su salvoconducto. Ella puede obligarlo a tomarla y, en caso de ser sorprendidos, saldría exculpada porque nadie creería la verdad. Todo eso lo hace descentrarse y el momento del orgasmo vuelve a alejarse. Sigue entrando y saliendo de ella. Cada vez con más rabia. Eranthe apenas puede gemir porque tiene el paño en la boca, forcejea. Todo eso, lejos de excitarlo, se lo pone más difícil para acabar. Ella hace tiempo que no siente y suda de esa manera, con su marido los encuentros sexuales son breves y esporádicos. A eso hay que sumar el hecho de que el tamaño del pene es sensiblemente superior y la situación mil veces más excitante, por lo que da gracias a los dioses y sigue moviendo las caderas. Vinci suelta los cabellos rojos a los que permanecía asido y, como si estuviera tratando con un caballo, golpea de nuevo con fuerza los cachetes para que se esté quieta de una vez. Dos nuevas marcas rojas quedan sobre la piel blanquecina. Es entonces cuando introduce la mano por debajo de la túnica para agarrarse ahora a sus pechos. Los pezones son desproporcionadamente grandes en relación con el resto del pecho, recogido y menudo. Están tersos y duros. Puede sentir cómo las costillas y los pulmones se expanden con cada inspiración, jadea nasalmente. Eranthe agita los hombros de un lado a otro y los pechos tiemblan bajo sus manos ásperas. Aprieta los pezones con el índice y el pulgar, se aferra a ellos con fuerza y siente que el momento de terminar está llegando por fin. Unas cuantas convulsiones después queda conmocionado sobre ella, inmóvil, respirando profundamente cada vez más despacio. Sale de dentro de Eranthe. No sabe si tiene ganas de matarla o

de abrazarla. Ella gira la cabeza y le sonríe, está tan hermosa. Con la excitación los labios tienen un rojo muy brillante en contraste con la palidez de la piel de su cara.  l no está seguro de qué debe decir, por un instante se siente tímido, incluso avergonzado, no está acostumbrado a esa situación y para no parecer débil la aparta de un fuerte empujón. Arregla su uniforme y se asoma a la puerta para asegurarse de que nadie los ha visto ni está a punto de llegar. Maldice a los dioses, aliviado, tras cerciorarse de que están solos. Cerca de la entrada, ajena a todo aquello, la niña pequeña sigue jugando con su muñeca.

—No temas, Vinci, tu pequeño secreto está a salvo conmigo —le dice Eranthe desde dentro, mientras se alisa la tela de la t nica a la altura de los muslos, atus ndola con la mano. Con facilidad se ha liberado de las ataduras.

 l no responde y se marcha hacia los corrales, coloca dos bueyes en un ubio y los engancha a un carro de tamaño medio en cuyo fondo, con una horca de madera, ha puesto una gruesa cama de heno. Se sube en él y se dirige de nuevo hacia el campo de batalla que dejó atrás. Se le ha ocurrido algo que podría ser una buena idea, recoger todas las espadas y escudos que pueda cargar y llevarlas como ofrenda al tirano de Siracusa, todo ese metal es un apreciado tesoro. Así lo hace. Esa tarea le ocupa bastante tiempo, es la segunda vez que vuelve all , conoce bien el camino. Ha sido un trabajo duro, termina empapado en sudor. Además de las armas, también consigue un buen bot n buscando entre los cadáveres, sabe que muchos legionarios llevan siempre encima un saquito con las pocas monedas que atesoran.

De regreso se detiene de nuevo en la casa y se viste con una t nica de Agatón que le ha pedido a Eranthe. Después oculta en el carro el uniforme de soldado griego que llevaba puesto y tapa todas las espadas con otra capa de heno. Se dirige hacia la ciudad, no está preocupado, pues sabe de sobra que un buen soborno será suficiente para que los soldados de las patrullas romanas que vigilan el cerco en esa zona lo dejen pasar. El sendero es poco exigente para las bestias, hay una ligera pendiente